

Citation: Joseph Álvarez y Valladares [José Clavijo y Faxardo] (Ed.): "Pensamiento LXXIX", in: *El Pensador*, Vol.6\79 (1767), pp. 111-126, edited in: Ertler, Klaus-Dieter / Hobisch, Elisabeth (Ed.): The "Spectators" in the international context. Digital Edition, Graz 2011-2019, hdl.handle.net/11471/513.20.681

Pensamiento LXXIX

He ofrecido dár al público todas las cartas, que se me dirijan, como no contengan cosa que lo impida. La carta siguiente es de este numero, y no tengo en ella mas parte, que el cuidado de darla á la prensa.

Señor Pensador.

Halléme una de estas tardes pasadas en una Tertulia de damas juvenes, que divirtieron á toda la compañía, á expensas de otra, á quien dos de ellas havian sorprendido en el manejo de aplicarse al rostro varios ingredientes, y de modelar al espejo la risa, las ojeadas, los gestos, y demás melindres del día. La ama de la casa, señora virtuosa, y discreta, deseosa de ahogar una conversacion, que havia empezado en tono de chiste, y degeneraba yá en mordacidad, tomó ocasion del mismo discurso, para decir quán util sería, que entre los hombres huviese tan fieles consejeros para dirigir el espiritu de las damas, como lo son los espejos para ayudarlas á colocar los adornos del cuerpo; añadiendo, que si por un raro prodigio llegase el caso de que un amigo fiel, y sincero se transformase en espejo, no tendría rubor, ni reparo en consultarlo muchas veces. Este pensamiento se fijó con tanta fuerza en mi cerebro, que me hizo tener aquella noche el sueño, que voy á contar.

Soñé, pues, que delante de un espejo de vestir, que hay en mi quarto, se mantenía de pie, y mirandome con mucha atencion, un joven hermoso, bien hecho, y con una fisonomía, en que parecían pintadas la inocencia, y el candor. Yo estaba admirado de su presencia, y no menos curioso de saber el motivo de su aparicion; quando dirigiendose á mí, me habló en los terminos siguientes:

El espejo que ves (me dijo) era en otros tiempos un hombre. Mas claro: era yo mismo, el desgraciado *Fidelio*. Mis padres me dieron dos hermanos dotados ambos de mucho ingenio; pero en quienes apenas bastaban estos dones para compensar la deformidad de sus cuerpos, que á la verdad eran de una rara figura. El primogenito, cuyo vientre se hundía ácia el espinazo de un modo monstruoso, era un gran perezoso, y estaba dotado de un humor colerico, que ocasionaba se encendiese facilmente su bilis, y le servía de aumentar considerablemente los objetos, que se le presentaban. El segundo, á quien havia tocado la desgracia de tener el pecho levantado á modo de giba, tenia por el contrario la costumbre de disminuir quanto se le ponía delante; y podía decirse con razon, que en todos sentidos era el antipoda de su hermano. Esta diversidad de humores divertía una, ó dos veces las sociedades en que se hallaban; pero por fin, las gentes llegaron á cansarse de sus genios, y mis buenos hermanos se vieron precisados á dejar la Corte, y retirarse á un Colegio á estudiar las Mathematicas.

Es inutil decirte, que yá en aquel tiempo pasaba yo plaza de un joven gallardo, y bien hecho, y tenia creditos de hombre pulido, y amable entre las gentes. Yo era el confidente, y el querido de todas las hermosas; y bien que las viejas hablasen mal de mí, esto de ningun modo perjudicaba á mi reputacion, pues nadie dejaba de conocer, que las movía á ello un espiritu de venganza, porque yo no cometía la bajeza de adularlas; y que sin embargo de lo mal que me trataban en sus discursos, ni unas, ni otras se atrevían jamás á ir al bayle, al paseo, á la visita, ni á la comedia, sin haver consultado antes mi gusto. Te parecerá jactancia, si te digo, que nadie ha merecido tanta confianza como yo á las damas; pero no lo es. *Flavia*, que por todas las minas del potosí no huviera confiado á mortal alguno al misterioso secreto de sus canas, las teñía en mi presencia. *Dorisa*, cuyas megillas sonrosadas excitaban la embidia de unas damas, y la maligna curiosidad de otras, solo á mí me dejó ver su palidéz. *Celia* me mostraba sus dientes. *Pantea*, que á todos engañaba con una riqueza de seno aparente, me le mostró mil veces al natural, y nunca me ocultó el artificio de su engaño. *Cleanta* hacia brillar á mi vista un hermoso diamante. *Cloe* me enseñaba con frecuencia su pie; y finalmente (porque sería obra muy larga, si huviese de contarte por

menor todas las confianzas, que he merecido) bastará que sepas, que apenas ha havido cosa alguna de adorno, que no hayan consultado conmigo las damas.

Es maxima observada generalmente, que las personas que se quieren demasiado á sí mismas, tienen poco amor á las demás; y sin embargo, he visto, con grande admiracion mia, falsificada esta regla en las damas, de tal modo, que quanto mas satisfechas han estado de su belleza, y quanto mas ésta las ha movido á quererse, y á estar contentas de sus personas, tanto mayor ha sido el cariño que me han tenido. Esto se manifestó bien claro en mis amores con *Philaucia*, la qual, imitada despues por otras muchas, llegó á quererme con tal ternura, que no acertaba á salir de casa sin llevarme consigo. A la verdad, yo era demasiado grande, para que me pudiese llevár por dije, no solo *Philaucia*, sino qualquiera otra menos delicada, ó melindrosa; pero una dama habil todo lo vence; y por una especie de Magia, que nunca he podido comprender, no solo me ví transformado en mueble curioso, sino que tambien llegué á no tener situacion segura. Unas veces me hacia aparecer en la caja de los lunares; otras en un libro de memoria; otras en la almohadilla de la labor; muchas en una Guia de Forasteros; y no pocas colgado entre los dijes del reloj. Mi mayor enemigo fue cierto necio de buen humor, que por un largo trato, y por sus prendas personales, havia llegado á ser muy parecido á *Philaucia* por todos terminos. Esta enemistad fue tal, y llegó á hacer tal impresion en el ánimo de mi querida, que no dudo me huviera desterrado de su presencia, á no haver observado, que *Cleón*, que era el dichoso, sin embargo de su oposicion, me pedia dicamen en cosas de la mayor importancia. Y esta observacion me hizo mas amable á sus ojos. Los demás hombres, bien que me viesen querido, y acariciado de las damas, llegaron á formar tan alto concepto de mi virtud, que jamás tuvieron zelos, ni envidia.

En medio de toda esta felicidad estuve expuesto á verme en el mayor infortunio. Sucedió, pues, que un dia que *Cleón* entraba á visitar á mi querida *Philaucia*, creyó haverla sorprendido en una conversacion amorosa. La terrible pasion de los zelos hizo su oficio de tal modo, que bien que estaba á una distancia desde donde apenas podia divisar los gestos, llegó á creer, que realmente oía las expresiones de ternura, que solo existian en su imaginacion. Es verdad, que *Philaucia*, creyendose sola conmigo, unas veces se acercaba á mí, otras se retiraba, dando algunos pasos atrás con mucha magestad. Yá se le escapaba alguna sonrisa inocente, y yá ponía el semblante grave, y mesurado. A ratos baylaba, y me presentaba con ayre una mano blanca, y hermosa. A ratos medio cerraba los ojos en ademan de desmayados, ó dormidos. Tal vez me dejaba vér un semblante severo, y lleno de desdén; y tal una fisonomia placida, que acompañaban la ternura, y las gracias. Si en un minuto daba suspiros, que anunciaban, al parecer, irse á exhalar su espiritu, en el siguiente se mordía los labios, como despechada, y fuera de sí: unas veces se cubria el rostro con la mano, dejando algunos intervalos para verme, y otras con el abanico. En fin, los gestos, y ademanes eran tales, y tal la interpretacion, que el zeloso *Cleón* les daba, que arrebatado de su furiosa pasion, no pudo contenerse en interrumpir á *Philaucia*. ¿Pero quién podrá pintar cuál fue su sorpresa, quando en vez del amante, que se havia imaginado, solo encontró en el quarto al inocente *Fidelio*, la espalda apoyada en la pared, y colocado entre dos ventanas?

Me faltaría tiempo, si huviese de contarte todas mis aventuras. Bastará por ahora que sepas el lance en que recibí el golpe mortal.

Vióse por desgracia acometida *Philaucia* de las viruelas, y en esta ocasion se me prohibió muy formalmente gozar de su presencia, por el temor de que mi vista aumentase su mal. La inquietud con que viviría *Philaucia* todo el tiempo de esta ausencia no es fácil de pintar; pero puede inferirla quien sepa que era yo todos sus cariños, y el objeto mas preferido en su atencion. En quanto á mí, es cierto que el habito de verla á todas horas me hacia echar menos su vista; pero sufría con paciencia, esperanzado en que volveriamos á nuestra antigua comunicacion: luego que se restableciese. Llegó por fin el dia en que *Philaucia* tuvo licencia del Medico para vestirse, aunque con la expresa prohibicion de verme: error, que jamás podré perdonar á este Medico, pues no ignorando el cariño que *Philaucia* me profesaba, bien debió pronosticar, que entre levantarse de la cama, y hacerme una visita, no havia medio alguno: asi sucedió. Pudo lograr un rato, en que la dejaron sola, y al instante corrió al quarto inmediato á verme; ¿pero quién podrá referir la sorpresa que le causó el vér que yo estaba como espantado, á vista de un espectáculo tan desagradable? Ciega de rabia dió algunos pasos atrás para observar si yo tenia la insolencia de repetirle de nuevo la misma ver-dad. Yo, que naturalmente soy propenso á decir lo que siento sin lisonja, no solo repetí lo dicho, sino que tuve el candor de añadir, que su pasion aumentaba en muchos grados su fealdad. Creció la colera de *Philaucia*, y sin poder contenerse en el exceso de su enojo, empuñando, un alfiler de diamantes, que trahía entre los cabellos, me lo clavó con toda su fuerza hasta el corazon, quedando muy ufana de su venganza;

bien que inútil, pues que mi sinceridad se mantuvo hasta después de mi muerte. No pude conservar la vida después de un golpe tan fatal; pero hice lo que estaba en mi arbitrio, declarando siempre mis verdaderos sentimientos, aunque con palabras interrumpidas, y manifestando hasta el último suspiro la fealdad de mi homicida.

Cupido, dedicado siempre á seguir el partido de las bellezas, y lastimado del desastre de un servidor tan fiel, obtuvo del *Destino* la gracia de que mi cuerpo fuese incorruptible, y conservase siempre las qualidades de mi espíritu. Al punto perdí la figura humana, y me ví pulido, y brillante; y hasta el instante en que te hablo conservo el privilegio de ser el primer favorito de las damas.

Dijo: Y mi admiracion de vér que havia desaparecido, apenas articuladas las últimas syllabas, me hizo despertar dudoso por mucho rato, de si sería ilusion, ó realidad lo que havia oído. Por una parte observaba muchas verdades, que nunca se havian ofrecido á mi imaginacion, y por otra conocia la imposibilidad de semejantes transformaciones. Cedió por fin á la razon la ilusion del sueño; y yá del todo despierto, solo pensaba en comparar el soñado suceso de *Fidelio* con el que tendrían los amigos fieles, que deseaba la dama, semejantes á los espejos, para dirigir el espíritu de las personas de su sexo. No faltarían (me decia yo) amigos sinceros, si las damas generalmente tuviesen mas docilidad. Puede asegurarse, sin nota de temeridad, que pocas, ó ninguna sufre con paciencia la menor tacha en el asunto esencial á la hermosura. Es verdad, que este es el capítulo principal, y en que tienen fundado su patrimonio; pero si llegasemos al del espíritu, sucedería lo mismo, con muy corta diferencia.

Así me parece, que al paso que el deseo de la señora es muy digno de su capacidad, y de la de otras muchas, que la igualan, ó quizá la exceden en virtud, y talentos, sería muy difícil hallar hombres de experiencia, que quisiesen encargarse de la comision. Si hay alguno tan arrogante que presuma poder desempeñarla, puede tomar exemplo en el suceso de *Fidelio*, que aunque soñado, puede ser muy útil.

Con motivo de las proximas fiestas, no saldrá el siguiente Discurso hasta el Jueves.